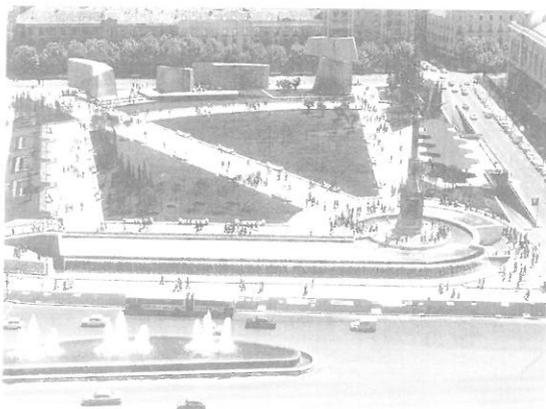


AYUNTAMIENTO DE MADRID
CONCEJALÍA DE GOBIERNO DE LAS ARTES
INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS
CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS



AULA DE CULTURA

CICLO DE CONFERENCIAS:
1977-2002: VEINTICINCO AÑOS DE CULTURA MADRILEÑA

MADRID EN VOCES MAGISTRALES

POR

MARÍA ISABEL BARBEITO CARNEIRO

MADRID, 2003

13

IMPRENTA MUNICIPAL

MADRID EN VOCES MAGISTRALES

AYUNTAMIENTO DE MADRID
CONCEJALÍA DE GOBIERNO DE LAS ARTES
INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS
CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

AULA DE CULTURA

CICLO DE CONFERENCIAS: 1977-2002: VEINTICINCO AÑOS DE
CULTURA MADRILEÑA

MADRID EN VOCES MAGISTRALES

POR

MARÍA ISABEL BARBEITO CARNEIRO



MADRID
Imprenta Municipal

—
2003

Con gran ilusión vengo para rendir homenaje a este Centro Cultural de la Villa en sus “Bodas de Plata” y a unas voces magistrales, además de entrañables para mí, que se escucharon en él. Es digna de encomio la acogida que esta Institución ha venido prestando a la Cultura, de manera especial a la madrileña. Pero también merece gratitud y aplauso la aportación del Instituto de Estudios Madrileños, cuyas voces nos permitieron conocer mejor —que es tanto como decir amar más— a Madrid.

Esta conmemoración, por tanto, incluye otra que reviste especial significado: veinticinco años de enlace entre el Centro Cultural de la Villa y el Instituto de Estudios Madrileños, precedidos de un largo noviazgo de once años con el Aula Municipal de Cultura¹. La voz sonora y firme de José Simón Díaz² —eminente maestro de bibliógrafos y motor esencial para nuestro Instituto—, al inaugurar en 1985 el Ciclo de Conferencias “Americanos en Madrid”, se refirió a esas fructíferas relaciones con las siguientes palabras:

Hace ahora casi exactamente veinte años, el día 13 de enero de 1966, me cupo el honor de explicar al público asistente a la primera disertación del “Curso de Historia de Madrid”, en el Salón de Tapices de la Casa de Cisneros, el significado de aquel acto, iniciador de los Ciclos de Conferencias que en lo sucesivo organizaría el Aula Municipal de Cultura, creada para llevar a cabo el acuerdo alcanzado entre el Ayuntamiento de Madrid y el Instituto de Estudios Madrileños,

con objeto de unificar en lo sucesivo sus actos públicos de esta naturaleza.

Desde entonces hasta hoy y de manera ininterrumpida se han desarrollado diez Ciclos, de dos años de duración cada uno, y se han publicado ciento setenta y dos opúsculos, con los textos de otras tantas intervenciones, que por lo curioso y variado de sus temas, así como por la limitada difusión de sus cortas tiradas no venales, se han convertido ya en piezas codiciadas por los bibliófilos. Al recordar aquella fecha inicial y hacer recuento de los frutos obtenidos, hay que rendir el debido elogio a los regidores de la Villa, que en tiempos tan propicios a las mutaciones han mantenido vigente el programa de esta auténtica cátedra de madrileñismo.

Una compañera del Instituto definió en dos palabras: “todo espíritu” —yo añadido, y todo cordialidad— a un miembro ejemplar en grado superlativo del Instituto de Estudios Madrileños: Antonio Aparisi Mocholi³. Era Vicepresidente cuando se inauguró el Centro Cultural. De él son las siguientes palabras relativas a este evento y al comienzo del primer ciclo de conferencias que iniciaba el Instituto de Estudios Madrileños con fecha 17 de noviembre de 1977, en el actual emplazamiento:

Superados los cinco ciclos de Conferencias que tuvieron su desarrollo durante los diez últimos años en el Salón de Tapices de la Casa de Cisneros, el conocimiento de nuestra Villa ha podido ofrecerse a quienes con una constancia y asiduidad verdaderamente ejemplares, acudieron a nuestra cita, para compartir durante breves momentos retazos de vida madrileña a lo largo de unos siglos y que fueron narrados por expertos conferenciantes a quienes animaba un denominador común: el cariño a Madrid y el interés por cuanto a Madrid afectaba. La Historia de nuestra Villa, sus

Monumentos, el conocimiento de las Instituciones madrileñas, las notas biográficas de Madrileños Ilustres y Madrid en el siglo xvii, fueron tema de más de un centenar de conferencias que hoy constituyen un fondo bibliográfico, notablemente estimado [...]⁴

Los ciclos comprendidos en los veinticinco años que ahora conmemoramos han sido quince, con un total —salvo error— de trescientas treinta y nueve conferencias, incluida mi aportación del día de hoy, última de la celebración que nos ocupa “1977-2002: VEINTICINCO AÑOS DE CULTURA MADRILEÑA”.

Las paredes de este Auditorio aún conservan ecos de las voces que voy a recordar. Imagino que muchos de ustedes —como me ocurre a mí— hasta son capaces de evocarlas junto con sus respectivas fisonomías. Todos engrandecieron y prestigian nuestro Instituto. Catedráticos y profesores, en gran parte; aunque también pertenecientes a otras profesiones y actividades, es igualmente común a todos su condición de “maestros”, categoría que se superpone a la propia docencia. El maestro es portador de sabiduría, don extraordinario que implica una singular asimilación cultural, favorecida por el raciocinio y la experiencia. El maestro, además, comporta en buena medida una actitud de estímulo y entrega paterno-filial, que le mueve a transmitir, más bien diría “inyectar”, sus conocimientos, como si inconscientemente buscara la prolongación de su propio ser y saber; de manera que siempre impulsa, nunca obstaculiza. Ese perfil se corresponde con las voces de mis mayores en edad, dignidad y sabiduría que voy a destacar, merecedores de emulación como contrapunto a los “ídolos esperpénticos” que está creando nuestra sociedad.

Por supuesto, soy consciente de que debieran ser recordadas otras voces magistrales, que responden a los citados rasgos caracterizadores, tales como Gregorio de Andrés, José María Azcárate, Luis Cervera, Ricardo Donoso-Cortés, Rufo Gamazo,

etcétera; lo mismo cabe decir en cuanto a las conferencias seleccionadas, pero espacio y tiempo no lo permiten.

Asimismo, considero que son dignos de aplauso todos los demás conferenciantes, miembros o no del Instituto, por sus diversas y siempre enriquecedoras aportaciones sobre la cultura madrileña, faro central que irradia y muchas veces ha servido de guía a las demás culturas españolas.

El audaz papel que me he impuesto, dentro de la limitada selección que traigo ante ustedes, es el de actuar como mera coordinadora y transmisora de una especie de “compendio antológico” sobre Madrid, fruto de la riqueza informativa que nos aportaron esos maestros madrileñistas. Si les complace, el mérito es de sus voces; si no fuera así, la culpa es mía, por no haber sabido aprovechar tan valioso magisterio. Sí puedo asegurarles que lo he pasado muy bien al leer esas piezas maestras; pero muy mal al tener que mutilarlas.

Y cierro el preámbulo poniendo de relieve mi agradecimiento a Luis Miguel Aparisi Laporta⁵ por su *Bibliografía General del Instituto de Estudios Madrileños 1951-2001*, instrumento utilísimo para este trabajo, que me ha ahorrado muchas horas de búsqueda y que recomiendo para cualquier localización bibliográfica relacionada con nuestra Institución.

MADRID DESDE SUS ORÍGENES HASTA EL FINAL DE LA DINASTÍA AUSTRIACA.

Con el fin de ajustarme en lo posible a una sucesión diacrónica, voy a dar paso al Cronista Oficial de la Villa, Maestro de Periodismo, activo miembro del Instituto desde 1952 y Presidente del Instituto hasta hace meses, Enrique Aguinaga⁶ que, en 1996, nos brindó una completa información sobre nuestra “Villa y Corte”, en su *Idea de la capitalidad de Madrid*⁷:

El nombre de Madrid es cita obligada en todos los tratados de Prehistoria, desde que, en el siglo XIX se

inician las investigaciones de los yacimientos del valle del Manzanares, testimonio de un poblamiento antiquísimo, y se da el nombre de *isidrense* a todo un período de la Edad de Piedra [...]

Del siglo x es la toma de Magerit (931) por Ramiro II; que, no pudiendo conservar la conquista, destruyó los muros de la fortaleza.

Del siglo xi es la conquista de Alfonso VI, la invención de la imagen de la Almudena y la fundación del Santuario de Atocha.

Del siglo xii es el primitivo Fuero (1123) otorgado por Alfonso VII, en el que por vez primera se nombra a Madrid como Villa, a la que le concede los montes que hay entre la Villa y Segovia [...], y en este siglo, vive un mozárabe que se llamará san Isidro (p. 8).

Abro aquí un paréntesis para intercalar la “voz” de Antonio Matilla Tascón, Maestro de archiveros, a la vez que poeta de sus vivencias más entrañables⁸, en una conferencia dedicada a *Isidro de Madrid*⁹:

El más importante testimonio escrito que se conserva de Madrid, su Fuero de 1202, no pasa de ser un pequeño código penal adecuado a aquella época y población. Mientras Madrid fue sólo baluarte estratégico, estuvo integrado por el Alcázar y la ciudadela, o almudena. Todavía bajo dominio musulmán, se formó en torno a la ciudadela una medina tres veces mayor, que después de la conquista adquiere rango de Villa [...]. El recinto amurallado tenía acceso por siete puertas: de la Vega, de Segovia, de Moros, Cerrada, de Guadalajara, de Balnadú y de la Sagra. Repartidas por la población había diez iglesias intramuros, más tres en los arrabales y varias ermitas por Atocha¹⁰. Pero

no hemos venido aquí para hablar del Madrid Villa medieval, sino concretamente de su hijo más preclaro: Isidro. Lo primero para ello será situarlo en el mundo de religiosidad que se respiraba entonces (p. 5).

Y Matilla expuso el contexto histórico en que le tocó vivir a nuestro Santo Patrono, comenzando fuera de España por las Cruzadas y dentro por el dominio musulmán, hasta retomar de nuevo al protagonista objeto de su conferencia:

Dentro del ambiente mozárabe viene al mundo San Isidro. Nace en Madrid —al parecer, el 4 de abril de 1082— muy poco antes de ser la Villa liberada del yugo musulmán. Muere en 1172 (p. 7).

Antes de entregarse San Isidro a la labranza del campo, trabajaba en hacer cuevas y pozos, que siempre manaban, por estériles y secos que fueran los sitios. Además, el agua salía con la virtud de sanar de cualquier dolencia a quienes la bebían con fe y devoción [...]. También es tradición que en las casas que fueron de don Felipe de Vera, regidor de Madrid, incluidas ahora en lo que fue Colegio Imperial de la Compañía de Jesús¹¹, en la calle de Toledo, San Isidro hizo otro pozo, cuya agua ha sanado a muchas gentes.

Madrugaba mucho Isidro. Al despertar, lo primero que hacía era meditar en Dios. Nada más levantarse, marchaba a visitar en su ermita la imagen de Nuestra Señora de Atocha, por la que sentía gran devoción. Al regreso, recorría en aquellos parajes las ermitas de San Juan Evangelista, Santa Catalina, Santa Polonia y Santa Coloma, levantadas, al parecer, en los sitios de cuatro fuentes. A continuación pasaba por las trece iglesias de la Villa, haciendo en cada una estación de la vida y pasión de Cristo. La penúltima iglesia de esta pere-

grinación era la de Santa María de la Almudena, considerada la mayor de la Villa. En ella oía la misa que se decía muy de mañana para los labradores que marchaban al campo. Isidro concluía sus rezos en la iglesia de San Andrés, encomendándose a este Santo Apóstol. Vuelto a su casa, uncía sus bueyes y, con lo necesario para la labranza, se iba al trabajo (pp. 8-9).

Sigue la conferencia, verdadera delicia de amenidad y erudición; pero voy a limitarme al broche con que cerró la misma, muestra evidente de su sentir poético:

Los madrileños te imploran, / San Isidro Labrador/
—¡que sus almas tienen sed!—; / clava en Madrid tu
aguijada / y haz que mane amor de Dios (p. 26).

Tras este inciso, continúa Aguinaga en su disertación sobre *Idea de la capitalidad* (N. 7):

Del siglo xiv es el Fuero de Alfonso XI (1339), la creación del Ayuntamiento (1346) [...].

Del siglo xv es la instalación de la Corte de Enrique IV, que le otorga el título de “Muy Noble y Leal” (1454) y funda el monasterio de los Jerónimos (1459). De este siglo son los Hospitales de la Latina (1499), General (1438) y del Buen Suceso (1476).

Del siglo xvi son las Cortes (1509), que reciben el juramento de don Fernando como regente y la instalación de la regencia del Cardenal Cisneros. Por el Tratado de Madrid (1526), se puso fin a la guerra del Emperador Carlos V y del Rey Francisco I, que así obtiene la libertad, después de la prisión en la Torre de los Lujanes y en el Alcázar. Y en 1518, las Cortes en Madrid se reúnen para la jura, como heredero, del que había de ser el Rey Felipe II. [...].

El traslado de la Corte desde Toledo a Madrid se hace, progresivamente, en la segunda quincena del mes de mayo de 1561, y se sabe ciertamente que el Rey y su familia salen de Toledo el 19, para llegar a Madrid, tras la etapa de Aranjuez (págs. 11-12) [...]

Interrumpo de nuevo la crónica de Aguinaga para ceder la palabra a Antonio Aparisi Mocholí, ahora sobre *Madrid y la Universidad de Alcalá en el Concilio de Trento: su aportación a la cultura europea*¹². En esta conferencia, sumamente ilustrativa, nos remontó a los primeros siglos del cristianismo para mostrar los antecedentes de tal evento, sintetizando lo esencial del Concilio, desde el principio (1545) hasta el fin (1563). Al destacar la “Participación española”, nos presentó a

un prelado, madrileño de nacimiento y figura notable en el Concilio: don Gutierre Vargas Carvajal; había nacido en 1506 y fallecería en 1559. En atención a los servicios de su padre —Francisco de Vargas, consejero que había sido del emperador— Carlos V le otorgó elevadas dignidades: fue abad de Santa Leocadia en Toledo; concedió a la Orden de Predicadores la ermita de Nuestra Señora de Atocha [...] . Hablar del apellido Vargas nos lleva, en primer lugar, como es lógico, a la casa solariega de Juan de Vargas, cuyas heredades, tras la conquista de Madrid a los moros por Alfonso VI, fueron cultivadas por el celestial labrador San Isidro. [...] (pp. 15-16)

Más adelante, se refirió a los “Teólogos asistentes al Concilio de Trento formados en Alcalá”, Universidad creada en 1508. Por último, hizo notar la “Influencia del Concilio en la Literatura”, plasmada en figuras tan destacadas como los dramaturgos Tirso de Molina y Calderón de la Barca, entre otros.

Prosigue Aguinaga, aportando nueva información en su *Idea de la capitalidad* (N. 7):

Felipe II fallece en 1598 y, por tanto, sobrevive treinta y siete años a su invención. En estos treinta y siete años, Felipe II [...] coloca la última piedra del monasterio de El Escorial (1584) y postula la canonización de san Isidro (1593), mientras que Madrid experimenta, como es natural, todas las mutaciones derivadas de su investidura: crecimiento de la población, alojamiento de los nuevos habitantes, construcción, reformas urbanas (ahí está el puente de Segovia), expansión del casco y aparición de instituciones tan características como la *regalía de aposento y las casas a la malicia*¹³. [...]

Con estas circunstancias se empieza a fraguar lo que va a ser el espíritu de Madrid como consecuencia de la capitalidad: su poder de integración y su universalidad (p. 14).

Historiador eminente y maestro imborrable, José Cepeda Adán¹⁴ aportó dilatada y valiosa información sobre *Madrid en tiempos de Felipe II: la Villa*¹⁵. En una parte de esta conferencia, bajo el epígrafe: "Madrid, patria común de todas las gentes. La ciudad y sus habitantes", tras aclararnos cómo "esta frase con la que iniciamos el epígrafe, no la inventamos nosotros, sino que corría ya desde los inicios de la capitalidad", comenta, entre otros, los siguientes aspectos de la incipiente ciudad:

Desde el punto de vista urbanístico, el Alcázar resulta el ombligo de Madrid desde sus mismos orígenes, ya que la ciudad ha ido creciendo en sucesivas circunferencias en torno a él en dirección Este y Norte, dejando el Manzanares a su espalda hasta casi nuestros días en que se decidió el pasarlo (p. 13). [...]

Aquí se impone un "stop", porque esta referencia al Manzanares evoca inevitablemente la presencia entrañable de

José María Sanz García, que en sucesivas ocasiones honró este auditorio con su cordial erudición, vertida entre jocosas digresiones fruto de su buen humor. Es fácil evocar aquella sonrisa franca, aquella campechana cordialidad con que introducía, al margen del tema propuesto, múltiples datos de su amplísima cultura. Quizás sea el geógrafo con mayor conocimiento de los ríos de Madrid. Por ello, intercalo aquí sus palabras extraídas de dos conferencias sobre este tema tan suyo¹⁶:

Madrid nace porque hay un perfil disimétrico en el río que permite una reducida vega y una buena defensa de los caminos y rutas de trashumancia. Se aprovechan los azudes para instalar molinos, muy bien datados en los documentos. Dentro de la región, que se llamó de los lomos, las colinas son más sanas y seguras que las ramblas y tierras encharcadas, con peligro de tercianas. Se reserva el terreno máximo para huertas y prados. Los pozos se hacen buscando el nivel freático de las aguas, y abundan las norias. Incluso Felipe II confía mucho en los zahoríes o geománticos. Los canales para abastecer al poblado vendrán al crecer la población. Antes nos parecen más de riego [...]. (N. 16, 1988, p. 14)

Mucho sabía Felipe II de la acción benéfica del agua y soñó con que el río, que él llamaba Henarejos, la tuviese abundante y fuera navegable hasta Aranjuez, Toledo y Lisboa. Le fabrica el primer puente de piedra, el de Segovia, aunque se debe a su interés viajero hacia El Escorial, al tiempo que ennoblece la perspectiva y entrada a sus dominios matritenses. [...] (N. 16, 1993, p. 9)

Hay una Cédula del príncipe Felipe, fechada el 3 de enero de 1555 en Valladolid, dando instrucciones detalladas a Fernando de Sotomayor, corregidor de Madrid, y hombre de su confianza, encargándole que

plante árboles en las riberas del río que pasa por Madrid, desde la punta del bosque de El Pardo hasta el Soto de los Frailes de San Jerónimo [...] Un año después, desde Amberes, ordenará que se le compren las huertas que están bajo el Alcázar (N. 16, 1988, pp. 14-15) [...]. ¿Por qué eligió este monarca un pueblo de secano y el más alejado del mar cuando su imperio era fundamentalmente marítimo? [...]

Felipe II hereda la corona de las Españas, reinos de Italia, los Estados de la Casa de Borgoña y los territorios engrandecidos de Ultramar. Es rey consorte de Inglaterra, al casar con María Tudor, en 1558, y se anexiona Portugal, siendo hijo de portuguesa, y portugués fue su primer matrimonio. ¿Desde dónde gobernará? ¿Lisboa, Barcelona, Sevilla, Cádiz o algún puerto cantábrico? [...] Todo comenzó un día de San Lorenzo, 10 de agosto de 1557, en San Quintín. [...] Sueña con montar un monasterio en acción de gracias por la victoria¹⁷ [...]. Al norte de El Pardo tiene a Manzanares el Real¹⁸, pero se decide por El Escorial, donde tendrá su retiro [...]. Las obras, que duran entre 1563-1584, se podrán vigilar bien desde Segovia, pero él prefiere Madrid, que así, “de facto” se convierte en Villa con Corte desde el 10 de junio de 1561, en que el monarca se instala en el Alcázar (N. 16, 1988, 8-9)

[...] Juan II [...] quiso traer a Madrid agua del Jarama. En mucho estimaba el soberano a esta villa y en ella vivió asimismo largo tiempo su favorito Álvaro de Luna. Si un monarca del siglo xv, sólo rey de Castilla, pensó aumentar los riegos y hacer navegable algún tramo del río, ¿qué no podría soñar Felipe II, infinitamente más poderoso, y que había visto ejemplos de política hidráulica en los Países Bajos y que contaba con técnicos en diques y canales porque eran

súbditos suyos? (pp. 19-20). Un ingeniero italiano, Juan Bautista Antonelli, propuso a Felipe II, en 1582, el hacer navegable el Manzanares, Jarama y Tajo, con lo que la villa con corte accedería a Lisboa, entonces puerto hispánico. [...].

Los Austrias siguientes no se preocuparon tanto por el río y su canalización, tal vez porque se consideraban incapaces de abordarlo. [...] (N. 16, 1988, págs. 22-24)

Las guerras carlistas no tuvieron como escenario el Manzanares. Que sí que había conocido las luchas entre los partidarios de la Beltraneja y de Isabel la Católica, de los imperiales y comuneros, la entrada del archiduque o primer Carlos III cuando la guerra de Sucesión, a los patriotas y dragones franceses cuando la independencia [...] (N. 16, 1993, p. 8)

Sigue Cepeda Adán (N. 15):

En 1570, se derriba la antigua Puerta del Sol para “ensanchar y desenfadar tan principal salida” [...]. En 1577, el arquitecto Antonio Sillero levanta la Casa de las Siete Chimeneas [...]

La sencilla villa del Manzanares, en lo que a cultura se refiere, hasta entonces se había contentado con bien poco, pero desde ahora era la residencia del poder y había que educar a las minorías que gobernasen, por lo que pronto, en 1572, los jesuitas instalan aquí sus estudios, protegidos por las hermanas del Rey [...] (p. 21).

E interrumpo de nuevo la disertación de Cepeda para destacar una elocuente aportación a la historia de las mujeres, que Francisco Azorín, otro benemérito miembro del Instituto¹⁹, dedica a *Las hermanas de Felipe II*²⁰. En ella ponía de manifiesto:

La siempre enigmática figura de Felipe II creo que cobra luz —una luz poco estudiada, pero excelente— al penetrar en su entorno femenino, en general, y, de forma específica, en esta mi intervención de esta tarde al circunscribirme en saber cómo fueron sus dos únicas hermanas, educadas como él y como él heredadas de un mismo o semejante legado psicológico y fisiológico, utilizando para la evocación dos escenarios, bellos escenarios madrileños: uno, bastante alterado, la actual Colegiata de San Isidro, que ahora en silencio la presencia de la imagen de la Virgen de la Almudena que cobijó durante tanto tiempo; en el otro, el Convento de las Descalzas Reales, donde permanece, a pesar de la proximidad de la Gran Vía, el aroma mayestático del Madrid de Felipe II. [...] Las protagonistas absolutas de nuestro relato son las princesas María y Juana, hijas legítimas del Emperador: ambas nacieron, vivieron y murieron en tierras madrileñas (pp. 6-7) [...]

Obviamente, su comunicación versó en torno a Juana, la madre del tristemente célebre rey Don Sebastián, de Portugal, y a la Emperatriz María, que, viuda del Emperador Maximiliano, decidió pasar la última etapa de su vida en el Monasterio de las Descalzas Reales, de Madrid, fundado precisamente por su hermana Juana. Como tantas otras, cuesta cercenar esta deliciosa conferencia; pero el compendio que pretendo ofrecerles así lo exige.

Volvemos a “escuchar” a Cepeda Adán (N. 15) en un párrafo cuya vigencia demuestra cómo el ser humano reincide en las mismas torpezas morales; sólo avanzamos tecnológicamente:

La política interior y exterior de aquella Monarquía recorre los aposentos del Alcázar y las calles de Madrid y lo corrompe todo con sobornos, traiciones y

cuchilladas, que son comentadas en todos los corrillos ciudadanos. El 30 de marzo de 1578, lunes de Pascua, Juan de Escobedo, secretario de Don Juan de Austria, que ha llegado de Flandes para desenredar los manejos que se urden contra su señor, cae muerto a cuchilladas en la “Callejuela del camarín de la Virgen”, muy cerca de las casas de la Princesa de Éboli y de Antonio Pérez, a quienes el rumor público achaca el asesinato. Será la primera vez que por esta calle Mayor, eje de la ciudad, resuene el soniquete de ¿quién mató a ...? [...] (p. 25)

Ya se puso de manifiesto, en palabras de Antonio Aparisi Mocholí, cómo el siglo xvii había sido tratado ampliamente en el ciclo anterior a la inauguración de este Centro Cultural, cuando las conferencias se celebraban en la Casa de Cisneros²¹. Por ello, dentro de la etapa que nos ocupa, hemos de valernos de retazos que la erudición de las voces seleccionadas para esta ocasión, nos aportan. Existe alguna “cuña” como, por ejemplo, la de otro gran maestro, apasionado de la literatura e investigador infatigable, que es José Fradejas Lebrero. En cuanto a madreñismo, aparte de su eficaz actuación dentro de nuestro Instituto —del que fue Presidente durante gran parte del período que conmemoramos—, baste sólo un título: *Geografía literaria de la provincia de Madrid*²². Su voz vibrante y emotiva, que en el decir de los textos podríamos confundir con la de un consumado actor teatral, nos ofreció copiosa información al tratar del mexicano *Juan Ruiz de Alarcón en Madrid*²³:

[...] Para Juan Ruiz de Alarcón, cuya vida española se desarrolla entre 1613 y 1639, fue Madrid, el poblachón manchego, la verdadera Corte y a ella alude repetidamente (p. 31) [...]. Pero a pesar de que distingue entre Madrid y la Corte [...], no deja de verificar que la capital del reino es también un caos (p. 33) [...].

Muy pocas determinaciones topográfico-callejeras aparecen en las obras de Ruiz de Alarcón; sin duda la más frecuente y expresiva es la calle Mayor, que nacía en la Puerta del Sol y se prolongaba en la de Guadalajara, se interrumpía en esta puerta y finalizaba en la calle de la Platería. Tres nombres para una sola calle, en la que dominaba, fundamentalmente, el comercio: joyerías, tejidos y objetos de regalo, sueños femeninos de siempre (p. 39). [...] Alarcón, que [...] vivía en la calle de Urosas, era vecino próximo de dos iglesias, San Sebastián —donde fue enterrado— y La Trinidad, que estaba en la calle de Atocha, en la acera de los pares, entre las calles de Barrionuevo (hoy Doctor Cortezo) y la actual de Relatores. [...] Si la Trinidad tenía un pequeño atrio, otra de las iglesias que menciona tenía muy espaciosa gradas, que eran frecuentadísimas por los desocupados que en el lugar formaban tertulias, dando lugar así al mentidero de San Felipe (p. 43).

[...] Madrid era lugar de desafíos continuos a creer a nuestros poetas y los madrileños eran expertísimos [...]. Entre los lugares más usuales está el cerrillo de San Blas [...]. Es el actual cerro donde se asientan el Observatorio Astronómico y el Instituto [...] Isabel la Católica. Había allí una ermita que miraba hacia la vaguada de la avenida de María Cristina y la estación de Atocha. Lugar entre Madrid y el convento de Atocha, en pleno descampado, y a esas horas de la mañana absolutamente solitario, apropiado para cualquier tipo de desafío. [...] Otro lugar, pero éste ambivalente, era el Prado de San Jerónimo; lugar de paseo y lucimiento de damas, en coche, y galanes, a caballo o a pie, en las horas diurnas, era, sin embargo, al amanecer o a la anochecida lugar apropiado, entre sus frondo-

no dejan de llegar durante toda la centuria, especialmente franceses e italianos, atraídos por los reyes y colaboradores de la nueva dinastía (p. 9) [...]. Un momento importante de esa presencia de forasteros en la villa será a partir de 1735, con el comienzo de las obras del Nuevo Palacio, después del incendio del Alcázar, la Nochebuena del año anterior (p. 10). [...] ¿Hubo algunos intereses políticos que movieran los hilos contra los extranjeros que gozaban de ventajas en el trabajo? (p. 11)

El abastecimiento de una ciudad fue una preocupación constante de las autoridades municipales durante toda la Edad Moderna [...]. El pescado salado venía de Alicante y Bilbao. En 1751, el pescado fresco y escabechado consumido fue de unas 22.424 arrobas, representando algo más de kilo y medio por persona y año. En cuanto al consumo de vino, en 1733 entraron en Madrid 458.419 arrobas. De excelente calidad era el pan [...]. Las viandas para los mercados madrileños entraban por las puertas de Alcalá, Atocha, Toledo, la de más tráfico, puesto que la base de suministro de la capital era La Mancha; Segovia o de la Vega y la de Fuencarral. Todo lo referente al abastecimiento estaba regido por la Junta de Abastos y el Peso y Repeso Real. [...] (pp. 15-17)

El gobierno municipal de una ciudad como Madrid, que experimenta especiales acontecimientos con la llegada de los Borbones, había de hacerse más complicado cada día por la índole variada de problemas a que debían atender sus autoridades: estancia de la Corte con nuevos modos y costumbres, que, en ocasiones, podían chocar con los hábitos tradicionales; establecimiento de forasteros venidos de los más diversos lugares; cuidado del abastecimiento de este gran estómago; atención y vigilancia de la masa marginada de

mendigos, siempre numerosos; policía, higiene y reformas en el conjunto urbano. Desde muy pronto se empieza a legislar sobre funcionamiento y administración del régimen local, médula de la vida comunitaria, que no podía olvidar el reformismo del siglo [...] (p. 18).

[El arquitecto Teodoro] Ardemans tiene en la mente una gran ciudad, por lo que será el primero que planifique lo que será un primitivo ensanche de Madrid, estableciendo un núcleo central en torno a la Plaza Mayor y un juego de arrabales en los extremos de las arterias principales, con una función precisa y definida [...] (p. 21).

Como remate del esfuerzo por convertir a este gran poblachón manchego en una capital ilustrada y centro de la política cultural, Felipe V da comienzo a la creación y establecimiento en ella de instituciones representativas del siglo. En 1712 abre sus puertas al público la Biblioteca Real con los fondos de Palacio para constituir el núcleo originario de una Biblioteca Nacional. Las tertulias eruditas, moda y recreo del tiempo, cristalizan en las Reales Academias, la de la Lengua —1714—, la de Medicina —1734—, la de la Historia —1735—, la de Farmacia —1737— y la de Bellas Artes —1744—. Si Madrid no podía presumir de Universidad, al menos desde ahora y desde aquí, se dictarían las reglas del saber y del hacer para todas las ciencias y artes (pp. 25-26).

La afabilidad y magisterio entrañables —por algo sus alumnos de la Universidad le adjudicaron el apelativo de “padrazo”— de Francisco Arquero Soria²⁵, que fue durante dos décadas Secretario del Instituto de Estudios Madrileños, abordó un tema básico para la cultura: *Libros, libreros y librerías*²⁶. Y, algo característico en él, nos llevó

a dar un paseo imaginario, en el tiempo y en el recuerdo por aquel Madrid del XVIII, lejano, es cierto, pero cómodo para deambular por sus calles, sin automóviles de ningún tipo ni marca, sin contaminación, y sin el correr apresurado por sus calles [...]. (p. 5)

En 1566 comienza el florecimiento de la imprenta madrileña, al tener necesidad de imprimirse en la Villa los documentos oficiales, que habían de tirarse anteriormente en las prensas de otras poblaciones; la necesidad de libros en los centros de enseñanza, la acumulación de escritores en Madrid e incluso la creación de la Imprenta Real y de la Hermandad de impresores, convierten en el siglo XVIII a Madrid en una de las escuelas tipográficas más notables del mundo, con los nombres famosos de Ibarra y Sancha, entre otros muchos.

Ya desde los siglos XVI y XVII algunos impresores se dedicaron también a la venta de sus propias obras y comenzaron el comercio de librería [...]. Muchos de los libreros establecidos en la Corte dejaron huellas de su interesante labor [...]. El librero más antiguo de Madrid, de que se tiene noticia, fue Juan de Medina, establecido en 1542 [...]. Es de suma importancia la labor prestada por los libreros de Madrid, que fueron los más poderosos auxiliares para las letras españolas del Siglo de Oro (pp. 8-9) [...]

[...] Madrid contaba al finalizar el reinado de Carlos III con una cantidad de librerías tal que no deja de sorprender el ánimo del curioso inteligente. Y aquellas librerías del Madrid del XVIII llevaron en su mayor parte una vida floreciente, siendo muchas de ellas el centro de reunión de escritores, literatos y amantes del libro, y otras, lugar donde con el pretexto de adquirir alguna obra o folleto se hacía política o se conspiraba (p. 11).

Recordemos al tratar de los libreros que desde mediados del siglo XVI éstos estaban constituidos en Her-

mandades bajo la advocación del glorioso San Jerónimo, patrón de los mercaderes de libros [...]. En Madrid, en los siglos xvi y xvii, la Hermandad de San Jerónimo publicaba libros a su costa, se ocupaba del cumplimiento de los cinco años precisos para ser examinados de maestros los aprendices y de otras funciones gremiales, quedando más tarde convertida en una Hermandad de tipo religioso, que continúa en la actualidad con su capilla propia en la Parroquia de San Ginés (p. 13). También en Madrid, en el año 1763, se formó la Compañía de Libreros e Impresores del Reino, por cuarenta facultativos del ramo de librería e imprenta [...] (p. 14). Proponen finalmente [los librerros] se cree una Imprenta Real, a imitación de la fundada por Luis XIV en París, establecimiento que sería realidad en 1781 con una disposición del monarca ordenando la construcción de una casa en la calle de Carretas para establecer los talleres [...]. En la planta baja se instaló la Calcografía Nacional (p. 17).

Fueron muchas las librerías que hubo en Madrid en el siglo xviii, debiendo tener en cuenta que en el reinado de Carlos III llegaron a existir en la Corte cincuenta librerías, y todas situadas en el cogollito de la Puerta del Sol y sus alrededores (p. 24) [...]. En la Puerta del Sol en el siglo xviii estaba el Convento de San Felipe el Real, [...]; el Buen Suceso, el Convento de la Victoria, la Inclusa y la fuente de la Mariblanca. Y además comercialmente era el centro de toda actividad, tal como la Real Fábrica de medias, platería y joyería, zapatería, botica, taberna, puesto de pan, barbería, etc., y las librerías de Esparza y Escribano y el puesto de libros de Costa (p. 26) [...]. Hemos de hacer honor al recuerdo del librero Pedro Alonso de Padilla, establecido frente a la fuente, y a quien se le estima por especialistas en la materia como el más importante librero madrileño del siglo xviii (p. 29) [...].

Los otros dos lugares más señalados por la existencia de librerías son la calle Mayor (San Felipe el Real) y la calle de las Carretas (p. 30) [...].

Aunque su edad la sitúa en los límites de mi propósito, forzando un poco, incorporo a una maestra indiscutible. Es ella Virginia Tovar Martín²⁷, cuya didáctica me fascinó a partir de un inolvidable recorrido por las iglesias barrocas de Madrid. Lo que sigue corresponde a una de sus brillantes conferencias sobre arquitectos olvidados del siglo XVIII²⁸, con el propósito de “restituirles en su [...] trayectoria humana y artística”:

Durante los reinados de Felipe V y de su hijo, Fernando VI (1700-1759), culmina en España un período de influencia sobre todo francesa, o quizá más matizadamente europea [...], que intenta modificar la mentalidad española [...]. Madrid, como capital de la Monarquía, se vio bien pronto obsequiada con valiosos edificios, desde el nuevo y suntuoso Palacio Real, en competencia con los edificios palaciegos más destacados de Europa; el teatro de los Caños del Peral para fomento de la ópera; el Cuartel de Guardias de Corps, de porte ostentoso y monumental; el Hospicio nuevo, las Reales Academias de Historia, de Medicina y de la Lengua, los palacios particulares de Perales, de Santoña, de Tordesillas, la Real Fábrica de Tapices, las bellas fuentes públicas, los conventos de las Salesas Reales y Escolapios de San Antón, además de otra serie de organismos civiles y religiosos que dieron a la ciudad un aspecto altamente monumental, tarea la de Felipe V y Fernando VI que sería complementada con el mismo criterio en las décadas siguientes por el talento y el amor a la tierra nativa del rey Carlos III (pp. 6-7) [...]

Las inquietudes artísticas de los hombres que integran la última generación del siglo XVII fue trascen-

dente para gran parte de las fórmulas desarrolladas por Pedro de Ribera y Ardemans, quedando sin duda vinculadas a un típico barroco local [...]. Ardemans y Ribera son los maestros madrileños por excelencia del primer tercio del siglo xviii (p. 8)

Los maestros que hoy nos ocupan constituyen una mayoría [...]. En el primer tercio del siglo xviii, su labor se desenvuelve dentro de la órbita de influencia de los dos maestros citados [...]. Con la llegada de arquitectos extranjeros, coincidiendo con el segundo tercio del siglo, comienzo también de las grandes construcciones reales, ese mayoritario plantel de maestros madrileños se va filtrando dificultosamente en las plantillas oficiales [...]. [...] Nos vemos obligados a citar sólo unos cuantos [...]. (p. 9)

José de Arredondo [...], natural de Alcalá de Henares, es arquitecto que alternará su actividad entre esta ciudad, donde fue nombrado maestro mayor, y Madrid, donde muere en 1767 (p. 10) [...]. Para poder acercarnos hoy a su obra contamos [...] con [...] la iglesia y Monasterio de San Hermenegildo (hoy Parroquia de San José), monumento del que sólo el templo se conserva, aunque en sus líneas externas también ligeramente modificado. [...] La planta dibujada por José de Arredondo tiene el interés de devolvernos la imagen verdadera de uno de los monumentos que tuvo la ciudad más singulares, con su situación preferente a la calle de Alcalá, y extendido su contorno desde la calle del Barquillo a la del Marqués de Valdeiglesias, cerrado en su parte posterior por la extensa huerta sobre la que se abriría más adelante la actual plaza del Rey. (p. 11) [...] El movimiento neoclásico, que poco a poco va configurándose incluso en la arquitectura cotidiana de la ciudad [...], es evidente en varios proyectos de su última época como [...] en las casas que también

construye y traza para la Comunidad de religiosas de Don Juan de Alarcón, en la calle de Valverde, en las que ya aparecen los típicos pedestales bajo el balcón de influencia francesa y que tendrán fuerte incidencia en la vivienda madrileña de la segunda mitad del siglo XVIII (p. 13) [...].

Juan Esteban nace en 1688. [...] Tenemos noticias de su actividad desde el año 1724, en que traza las casas de don Matías González en la Cava Baja (p. 14) [...]. Realizó al mismo tiempo las obras de las bóvedas de la Casa del Tesoro, el Colegio de Niños Cantores [...] y participaciones importantes en la nueva urbanización de Aranjuez, emprendida por Santiago Bonavía a partir del año 1748. Asimismo reedificó el claustro del Monasterio de San Jerónimo de Madrid, su coro y portería y otras obras de mejora emprendidas en este Monasterio en el siglo XVIII. [...] Juan Esteban muere en Madrid el 11 de noviembre de 1770, a los ochenta y dos años, y fue nombrado en los últimos años de su vida arquitecto mayor del Real Sitio de San Ildefonso (p. 16).

Fue [Manuel] López Corona el arquitecto que construyó la hermosa Capilla del Palacio de El Pardo [...]. Murió el 12 de noviembre de 1771 (pp. 21-22).

De línea diferente es sin duda la aportación arquitectónica de otro maestro madrileño, José Álvarez. Su lenguaje preferente es el ornamental, y con él define la cara externa de los edificios que se le confían. Ornamentación arbitraria, ingenua a veces, caprichosa siempre, que sirve para olvidar casi esa fundamental composición de ladrillo visto y piedra con que ha sido definida casi inalterablemente la casa madrileña a lo largo de siglo y medio (pp. 29-30). [...]

Tomás Bueno, cuya actividad rebasa la primera mitad del siglo XVIII, evoluciona hacia temas severos y

simplificados, aunque resuene en sus composiciones clásicas alguna licencia, como el romper con decorativos frontones curvos el arquitrabe. Así se manifiesta en el edificio que traza para don Antonio Pardo, de la Orden de Calatrava, en la calle de Lavapiés, y en otros proyectos en los que el barroco ornamental madrileño pervive aunque profundamente debilitado.

A José Álvarez, Manuel Molina y Tomás Bueno se suman otros maestros que refuerzan esta actitud de mantenimiento del programa ornamental barroco que tan bellos frutos dio en las obras de Pedro de Ribera. Miguel Muñoz y Bruno Díaz son los autores de varios proyectos guiados por el mismo propósito, opuesto en sus intenciones al movimiento cada vez más creciente neo-herreriano (pp. 31-32) [...]

Francisco de Moradillo es arquitecto de máximo prestigio, y quizá en el contexto de los arquitectos de la primera mitad del siglo XVIII, el más favorecido en el acceso a los programas arquitectónicos de los Borbones. Cada vez se van añadiendo nuevas noticias a su apretada actividad y también va conociéndose cada día con mayor precisión el alcance estético de su obra. A la vivienda madrileña supo dotarla de solemnidad, como quedó bien patente en la casa de don Antonio de los Heros, residencia auténticamente palaciega, situada en la calle de Alcalá y de tanto empaque monumental como la cercana mansión de los Goyeneche, hoy Academia de Bellas Artes. Pero quizás la síntesis de toda la obra de Francisco de Moradillo podamos encontrarla en la incomparable Sacristía de los Caballeros, del Convento de las Comendadoras de Santiago [...]. Hoy sabemos que fue el autor de toda la ampliación y nueva concepción del propio Convento de las Comendadoras de Santiago [...] (pp. 33-34).

Recordemos ya, por último, al arquitecto Cristóbal Álvarez, no sólo por su contribución a la arquitectura

local con un fino sentido decorativo, sino por ser el autor de una de las obras más célebres que tuvo la arquitectura provisional de la época, los cinco arcos triunfales que los Gremios Mayores de Madrid erigieron en la ciudad con motivo de la entrada oficial en la capital del rey Fernando VI (p. 37) [...]

Sutil observador de la naturaleza y comportamiento humanos, el madrileñista santanderino José Montero Alonso²⁹ fue un fiel intérprete del cuerpo y alma de Madrid, que contempló con fervor de enamorado. Su galanura, benevolencia y sagaz percepción de las distintas realidades: la de la vida común, la del artista, la del bohemio, la del excéntrico, han tenido en él a un crítico que parece implicarse hasta la complicidad incluso en esos mundos tan difíciles de entender desde la mera racionalidad, desde el prosaísmo de lo cotidiano. Su conferencia sobre *Tipos, costumbres y pecados*³⁰ sería suficiente para testimoniar esta valoración:

Gracia humana, sonrisa, primor para adornar la vida, costumbres que tratan de hacer más amable el trato de hombres y mujeres, modas que buscan el embellecimiento femenino, aun a costa de los artificios más extraños... Sí, por un lado, en el Madrid de Carlos III, las ideas políticas, las realizaciones, la Ilustración, los nuevos monumentos, el afán de hacer de la capital una gran ciudad. Mas, junto a todo eso, aquella grata fisonomía, aquel deseo de engalanar las horas, de poner novedad, animación, imaginación y sorpresa en el paso del tiempo, para atenuar en éste su melancolía inevitable (pp. 5-6) [...]

Hay, en el Madrid carlotercista, dos tipos opuestos: la petimetra y la maja. La petimetra es la elegante que copia las modas francesas y que no encuentra encanto en nada si no llega de París. Una mujer para quien todo su mundo está en el tocador, para quien apenas

existen el marido y los hijos. Que vive sólo para sus trajes y sus cosméticos. Únicamente lo extranjero tiene valor para ella. [...] La maja, en cambio, desdeña lo extranjerizante y trata siempre de afirmar lo nacional, genuino y castizo. En definitiva, las modas afrancesadas calan poco en la entraña popular. Ésta continúa apegada a lo tradicional y propio. La maja es alegre, espontánea, vivaz, sincera y clara, en palabras como en sentimientos. Viste falda corta, de volante ancho. Lleva medias blancas, chaqueta bordada, mantilla, peineta en lo alto del pelo. Gusta, orgullosamente, de ir acompañada por el majo (que representa, en lo masculino, también el despego hacia lo extranjerizante) (p. 8) [...]

Madrid se divierte. Bailes, tertulias y teatros. Ópera, comedia y bolero. La ciudad es un alegre y constante repiqueteo de palillos. Si en los salones se bailan la contradanza y el minué, en los teatros, los figones y las plazuelas entusiasman seguidillas y zorongos, zarabandas y arlequines. Están de moda las actrices y las tonadilleras. Y se habla de los amores de la comedianta Rita Luna con el ministro señor conde de Floridablanca. Mas este ritmo ligero y este viento galante que envuelve a la ciudad, se ven algunas veces alterados por algo muy distinto. Por la pasión en vez de por la aventura. Por la fe milagrosa en lugar de la vida disparatada. Por la sinceridad honda a contrapelo de la mentira convencional. Así, un día, un soldado escritor, el capitán José de Cadalso, se enamora de la actriz María Ignacia Ibáñez y casi enloquece cuando ésta —veintitrés años, Señor— muere: enloquece hasta el punto, se dice en Madrid, de que ha tratado de desenterrar los mortales restos, en la cripta de la iglesia de San Sebastián, para abrazarse a ellos y morir bajo las llamas de un fuego provocado (p. 15) [...]

El Cronista de la Villa José del Corral³¹ es como la personificación del Madrid elegante y refinado, no exento de casticismo. Su voz amena, a menudo poética, al servicio de una prolífica información —tras la que me consta se oculta un abundantísimo fichero de datos elaborado concienzudamente por él—, se dejó oír múltiples veces en este auditorio, que mantiene su adición para escucharlo. *Transformación de las costumbres madrileñas en tiempos de Carlos III*³² constituyó otra feliz aportación en línea con la anterior de José Montero Alonso. A través de esta conferencia nos hizo ver cómo:

[...] es precisamente en la segunda mitad del siglo XVIII, época prácticamente cubierta por el reinado de Carlos III en España, cuando se fijan muchos aspectos del folklore español, los principales. Trajes regionales, danzas y bailes, canciones y costumbres de toda España, tal como han llegado a nosotros como tradicionales, no van, en la mayoría de los casos, más allá de esta segunda mitad de la mencionada centuria. (p. 5) [...]

Y así, enumeró, entre otras “transformaciones”:

El 28 de mayo de 1785 se ordenó la actual enseña como Bandera Nacional de España. Acababa, pues, en esa fecha la blanca bandera con la cruz de San Andrés o con lises que había guiado a los Tercios y a los regimientos españoles por los campos de batalla de casi todo el mundo (p. 11) [...]

La lucha contra el barroco fue, en el teatro como en las restantes disciplinas artísticas, total. Las Juntas de Espectáculos, organismo de creación de la época, se dedicaron insistentemente a este menester en beneficio de las producciones neoclásicas, pero contra los gustos populares, que en cierta medida fueron cambiando por su influjo (p. 9) [...]

Tuvieron gran esplendor los Carnavales madrileños en el siglo anterior, especialmente en el reinado de Felipe IV, pero fueron prohibidos por Carlos III, que redujo las máscaras a los recintos de los teatros donde se celebraban los bailes de Carnaval, sin que pudieran presentarse por las calles, de las que se barría también las numerosísimas y muy populares bromas de Carnaval. [...] Con la prohibición de Carlos III se acababan no sólo las máscaras y las bromas, sino también “mascaradas” y “mojigangas”, carros satíricos y otras diversiones y jolgorios populares que alegraban los días carnavalescos y servían en la ocasión de crítica que muchas veces había llegado muy alto en tiempos anteriores (p. 13) [...]

Cargado andaba el calendario festero madrileño de ocasiones de comilonas, paseos, festejos y días de darle a la bota; pero la reducción que sufrieron en este tiempo fue drástica. Acabaron los últimos ecos de la vieja romería de “El Trapillo” [...]. La noche de San Juan, llena de presagios y anunciadora del rostro del futuro y desconocido amor [...], acabó con su vieja práctica en 1780 (pp. 14-15) [...]

Intento hubo de reducir y ordenar las procesiones que seguramente con toda razón se juzgaron excesivas. [...] Pero si el cambio no llegó a realizarse, sí hubo al menos voluntad para ello y si lo miramos con los ojos de los hombres de aquel tiempo, veremos que no era chico cambio el de reducir algo que estaba entrañablemente unido al alma del pueblo [...]. Se suprimieron en 1759 las procesiones madrileñas de la Semana Santa nocturnas y todas las que no fueran en los días de miércoles, jueves y viernes santo, y el 20 de noviembre de 1777 se prohibieron los disciplinantes y los empalados (p. 15) [...]

Viene siendo acostumbrado el relacionar la prohibición de representación de Autos Sacramentales de

1775 con la lucha contra el teatro clásico. Sea así o sea otra la causa original, lo cierto es que en la fecha antedicha se puso fin a tales representaciones, tan típicamente españolas y podríamos decir que madrileñas [...]. Todo un rico caudal literario y aun teológico se perdió en la revuelta de una orden (p. 17) [...].

Después de lo que someramente hemos dejado apuntado, creemos que queda claro que el Madrid que existía en los comienzos del reinado [de Carlos III], al que dejó cuando acabó su vida, era muy diferente. Desde luego mucho más europeo, ciertamente que mucho más moderno, sin duda que mucho más limpio, más bello y más enriquecido de monumentos. Pero también más lejano de sus tradicionales costumbres, de sus usos, de su forma de vida (p. 25) [...]

Antonio Matilla Tascón aportó un magnífico estudio basado en *El Infante Don Luis Antonio de Borbón y su herencia*³³. Utilizando fuentes primarias, procedentes en gran parte de los Archivos Histórico Nacional y de Protocolos, nos ofreció importantes noticias en torno a este hermano de Carlos III: sobre su “Progenie”, “Infancia”, “Juventud”, “Madurez descarriada” “Casamiento”, “La Corte del Infante”, “Muerte” y “La herencia”. Lamentablemente, la falta de tiempo y espacio hacen aconsejable prescindir de personajes individuales no determinantes para la historia, por lo que me he limitado a citar epígrafes.

En un nuevo gesto de interés por la causa femenina, Francisco Azorín García nos habló con sentida elocuencia de *La Reina Isabel y la Princesa Isabel*, personaje este último al que venía dedicando otras muchas páginas de singular atractivo³⁴. Su conferencia fue la número 1, excelente punto de partida para el Ciclo “El Madrid de Isabel II”. En ella, atendió más a la vida de los personajes que al Madrid de su tiempo. Además de importantes datos biográficos, intercaló ideas tan interesantes como:

Gran parte de lo que se carga en el debe de la cuenta de Isabel II, fueron sucesos casi por completo fuera del control de la figura humana que los centraba. Eran muy superiores a la débil voluntad de una mujer, muy abandonada en la época en que se forja el carácter, bastante inculta, y no muy despierta de inteligencia, aunque sí de excelente corazón, a quien la vida y las pasiones bambolearon a su capricho. Los deseos y actos de la reina aparecen como causa de muchos acontecimientos políticos. ¿Obró de *motu proprio* o más bien era objeto de otros? [...]. Creo, por todo ello, que el conocimiento íntimo es de más interés para el oyente y hay, pues, que hablar de la mujercita malcriada, alegre, traviesa, amante de la música, y caprichosa que sube al trono a los tres años, donde se va transformando por la influencia de unos y otros hasta de la atribulada dama que, en 1868, parte para el destierro sorprendida de su derrumbamiento, con una amarga sonrisa de desengaño, ya que estaba segura del amor de su pueblo y de sus “espadoses” a quienes había favorecido sin tasa ni medida (pp. 5-6).

Respecto a la infanta Isabel, a la que el pueblo madrileño apodó cariñosamente “La Chata”, junto a una completa información biográfica, insertó reflexiones como la siguiente:

Este es el interesante y difícil tema que planteo ahora: ¿Cuál era el mundo afectivo que rodeaba a la niña Isabel [...]? Comencemos por hablar de las relaciones con sus progenitores. Una madre a la que admira sin cariño —está lejana más por la categoría que por la distancia— y un padre al que quiere sin que le produzca admiración. Y es que ser reina y madre al mismo tiempo no entra tan fácilmente en la mente infantil que, de por sí, es cómodamente excluyente [...] (pp. 16-17).

Con la abdicación de su madre, realizada en junio de 1870, doña Isabel recobra el derecho del Principado de Asturias [...]. Se responsabiliza plenamente en sus deberes como heredera del trono —cosa no fácil en ese Palacio de Castilla donde se siguen agitando turbias intrigas— sin olvidar en ningún instante su papel —para ella de gran importancia— de hermana mayor. [...] Entre las opciones que se presentan para la pronta y mencionada Restauración, apuesta decididamente por el tándem Cánovas-Alcañices [...]. El estadista malagueño, con su verdad y su gracejo, atrae a su causa a la Princesa, quien ayudada por el marqués, va desbrozando el camino, apartando obstáculos que se han levantado en nombre de falsas lealtades a la Reina Isabel. (Es ésta una de las facetas de la joven viuda menos conocida a pesar de su indudable interés histórico). Todo ello no le impide dedicar el tiempo necesario a sus hermanos. Por un lado, Alfonso —todavía rey de derecho, pero no de hecho— por lo que aún hay que ayudarle para que lo sea (“ayudar”, ¡cuánto le gusta este vocablo!) [...] (pp. 25-26).

José del Corral quizás sea el erudito que más sabe de alcaldes de Madrid; pero, estoy por afirmar, que ha sido el Duque de Sesto quien despertó su especial admiración, como evidencian los estudios que le ha dedicado³⁵ y sus propias palabras, cuando aquí mismo le oímos decir³⁶:

No fue un alcalde más de Madrid, sino, como hemos de ver, un gran alcalde de la Villa [...]. D. José Osorio de Silva nació en el viejo y desaparecido Palacio de Alcañices el 4 de abril de 1825. Fue senador a los veinte años, en 1845, y alcalde en 1857, permaneciendo en la Alcaldía escasamente siete años tan sólo, muchos menos de los que en alguna obra se dice. Coin-

cide el mandato de Sesto con el momento venturoso en que se va a hacer realidad la llegada a Madrid de las aguas traídas por el Canal de Isabel II, esto es, el momento en que podrán lavarse casi todos los madrileños [...]. El 24 de junio del mismo año (1858), a las cinco de la tarde, es el momento de asombro para los vecinos de Madrid: en la calle de San Bernardo, frente a la iglesia de Montserrat, se ha puesto una gran fuente circular con un surtidor central de 7 centímetros, y de pronto, cuando la Reina hace girar la llave, un potente chorro de agua asciende hasta la altura de los pisos cuartos de la calle entre la admiración fascinada de la multitud. 'Un río de pie', diría otro de los asistentes (pp. 6-9).

Y sigue un sugestivo itinerario por las distintas fuentes que se fueron distribuyendo a lo largo y ancho de Madrid³⁷, hasta llegar a la que he preferido resaltar:

Nueva fuente luce la Puerta del Sol desde el 19 de julio de 1862. La vieja plaza ha sido de siempre el escaparate de los Ayuntamientos, que siempre supieron bien que cuanto en ella se haga es conocido de inmediato por todo el vecindario (p. 11).

En los tiempos del duque de Sesto en la Alcaldía, llegó la iluminación por gas a las calles del Clavel, Reina e Infantas el 18 de marzo de 1858. Y hasta se realizó una prueba de iluminación eléctrica en un edificio del Retiro el 3 de septiembre del mismo año. [...] Iluminada así ya toda la Villa, se comenzaron obras de adorno, como lo fue para entonces la iluminación con gas de la esfera del reloj de la Plaza Mayor, que, según los diarios del 20 de febrero de 1862, fuente de noticias para este apartado, ya funcionaba dicho día (p. 13).

La reforma de la Puerta del Sol. [...] Esta vez fue una reforma verdadera, que dio a la plaza sus dimensiones actuales [...]. Fue el 5 de diciembre [de 1859] cuando comenzó a construirse la primera de las nuevas casas que la conforman, precisamente la situada entre las calles de Preciados y Carmen, con fachada también a estas calles. Se pudo dar por acabada la reforma el 22 de noviembre de 1862, cuando ya la totalidad de las casas habían comenzado a levantarse (p. 15).

Varios jardines y jardincillos se fueron plantando durante esta Alcaldía. Comienzan con una plantación de árboles en los terrenos de la plaza de Leganitos, actual plaza de España. En 1860 (25 de octubre) se había terminado el ajardinado de la plaza de las Cortes y en 1862 (9 de abril) la de Isabel II (p. 16). [...] El Ayuntamiento acuerda (14 de julio de 1864) plantar jardines en las explanaciones recientemente realizadas para continuar el paseo de la Castellana (p. 17).

En febrero de 1864 comienza la construcción del barrio llamado de Argüelles, entre la calle de la Princesa y el paseo de Rosales, y en 1864 se exponen (21 de julio) los planos de terreno que se va a vender del Retiro y que están apreciados en 400 millones de reales. Es el barrio de Los Jerónimos, entre las calles actuales de Alfonso XII, Alcalá, paseo del Prado y Jardín Botánico. [...] El crecimiento de Madrid, aun sin contar el Ensanche, no puede ser más espectacular (pp. 28-29).

La línea ferroviaria y su correspondiente estación de Madrid a Alicante y de Madrid a Valencia fueron inauguradas el 24 de mayo de 1858. La Compañía de Ferrocarriles del Norte de España se constituyó el 29 de diciembre de 1858. Y el 18 de marzo de 1859 comienza la construcción del Cuartel de la Montaña, desaparecido después de los sucesos de julio de 1936.

La estación ferroviaria de Atocha, de los ferrocarriles de Madrid, Zaragoza y Alicante, se probó el 6 de agosto de 1859. [...]

La apertura al público de la iglesia de San Francisco el Grande restaurada se verificó el 7 de octubre de 1860 (pp. 31-32).

No contento con la cantidad de noticias que José del Corral vertió al exponernos la gestión del Duque de Sesto como Alcalde de Madrid, su vena de Cronista le impulsó a facilitarnos una relación de “Sucesos y acontecimientos madrileños de la época” (pp. 37-45). Por citar alguno, a modo de ejemplo:

Año 1858, 5 de enero: Isabel II va a dar gracias a la Virgen de Atocha por el alumbramiento del Príncipe Alfonso.

10 de octubre: Boda de Rosalía de Castro con M. Murguía en la iglesia de San Ildefonso.

Año 1859, 11 de enero: Padece Madrid una extendida epidemia de gripe que ha producido 50.000 enfermos.

Año 1860, 31 de diciembre: Según el censo, Madrid tiene 298.429 habitantes.

Año 1861, 19 de mayo: Casa Bécquer con Casta Esteban en la parroquia de San Sebastián.

Año 1862, 27 de diciembre: Según una información de prensa, en la Nochebuena se han consumido en Madrid 100.000 besugos.

Año 1863, 1 de enero: Primer número de *La Democracia*, diario de don Emilio Castelar.

Año 1864, 2 de mayo: Primer número del diario *La Nación*, de Pascual Madoz.

Un patriarca de la Arquitectura, Fernando Chueca Goitia³⁸, favoreció a este Auditorio con lecciones tan magistrales como

lo fue *La arquitectura isabelina*³⁹. Mi relación con él se ha limitado a encuentros propios de las actividades del Instituto; pero siempre me cautivaron su sencillez, afabilidad y claridad expositiva que tanto agradecemos los profanos en cualquier materia. Reproduzco, una vez más con pena, meros fragmentos de su exposición:

La dictadura artística de Villanueva parecía inmovible. [...] Pero el mundo avanzaba; el neoclasicismo pudo conjugarse con el movimiento romántico y hasta dar lugar a lo que se ha llamado el clasicismo romántico, que, aunque parece una contradicción en los términos, es una realidad en el campo de la estética. Ahora bien, no dejaba de empujar el resurgir de un arrollador medievalismo que había de abrir brecha. [...]

Por eso, los que tímidamente hicieron las primeras salidas fuera del abrigado recinto neoclásico, lo hicieron buscando territorios relativamente afines [...] [Matías] Laviña, [Aníbal] Álvarez [Bouquel], [Narciso Pascual y] Colomer y [Francisco de] Cubas son los arquitectos del período isabelino (1833-1868). Ellos fueron también los que gobernaron los primeros y difíciles tiempos de la Escuela de Arquitectura desgajada de la enseñanza de la Academia de Bellas Artes de San Fernando (pp. 5-6).

Ninguno de sus contemporáneos puede compararse con Narciso Pascual y Colomer (1808-1870), tanto por haber recibido los encargos más significativos de su tiempo como por el hecho de que la posteridad ha conservado sus mejores obras. [...] Viajó por Francia y se asentó en Madrid con oportunidad de presentarse al concurso para erigir el nuevo Congreso de los Diputados en el solar de la derribada iglesia del Espíritu Santo. [...] Ganó el concurso el joven Colomer, que tenía treinta y cuatro años, y se puso de golpe en primera

fila en la nómina de los arquitectos de la Corte. [...] Muy superior es el palacio del marqués de Salamanca, en el paseo de Recoletos, de Madrid (hoy Banco Hipotecario), construido entre 1846 y 1850. Es indudablemente su obra maestra y el mejor palacio decimonónico de Madrid. Aquí todos son aciertos en la doble ordenación de una arquitectura de pilastras en la propiedad del cuerpo central, donde viste un esquema palladiano con galas del cuatrocientos lombardo de excelente factura. [...] En la decoración interior, de la que era maestro, destaca el Paraninfo de la Universidad Central, donde le ayudó el pintor Espalter. Fuera de lo normal fue su reforma de la iglesia de los Jerónimos, de Madrid, que no puede considerarse una restauración en el sentido que hoy le damos a esta palabra. Fue una reinención romántica [...] (pp. 7-8).

De don Francisco de Cubas (1826-1899), luego marqués de este nombre, cabe considerar dos períodos que parece que le han hecho ser protagonista de una doble vida. En su primera parte, es un cumplido arquitecto isabelino y perfecto continuador de Pascual y Colomer. En su segunda vida, es el gran arquitecto de la Restauración alfonsina, fervoroso seguidor de Viollet-le-Duc y fanático cultivador del estilo gótico. [...] Al Madrid isabelino corresponde la más importante reforma interior, la tan deseada de la Puerta del Sol. [...] Las obras se terminaron en 1862. No se ha aclarado todavía a quién pertenece el diseño arquitectónico de las casas —muy juiciosas, por cierto— de esta plaza reformada. Un tiempo se atribuían a Juan Bautista Peyronet, otro distinguido arquitecto de la época (p. 9).

Entre el período isabelino, que acaba el año 1868, y la Restauración, que empieza el año 1870, existe una fase intermedia en la que actúan figuras muy notables en el campo de la arquitectura. Ni corresponde a la

típica etapa isabelina con su arquitectura clásica, aunque sea de un clasicismo cuatrocentista y que podemos llamar prerrafaelista, ni menos al radical eclecticismo, que se impondrá a partir de los años ochenta en la etapa más brillante de la Restauración alfonsina. [...] No son mudejaristas exclusivos, aunque en ocasiones cultiven este estilo, y en una forma o en otra rinden culto a la monumentalidad. [...]

Jerónimo de la Gándara, del que se tienen pocas noticias, es el autor del teatro de la Zarzuela en Madrid, cuya fachada, excelente, está todavía muy cerca del arte de Pascual y Colomer. [...]

[...] La figura más destacada es Francisco Jareño, el autor del imponente palacio de Bibliotecas y Museos, que terminó Antonio Ruiz de Salces. El 21 de abril de 1866 Isabel II colocaba la primera piedra de este edificio que había de ser el más grandioso de su reinado, aunque lo terminara la Reina Regente en 1892. [...] La fachada a la calle de Serrano, que sirve de entrada al Museo Arqueológico, es, con su doble ordenación dórico-jónica, el mejor ejemplo en Madrid de arquitectura neogriega. También se inclinó por el helenismo en otro edificio monumental, severo y con cierto sabor germánico, el Tribunal de Cuentas (1863), en la calle de Fuencarral [...] (pp. 10-11).

También se inicia en época isabelina dentro de nuestro país, el que se ha llamado el Gótico Moderno. Si hay algo que caracteriza a la arquitectura del siglo XIX es el entusiasmo que produce la arquitectura de los siglos XII y XIV, muchos años olvidada y tantos otros considerada como arte bárbaro y grosero [...] (p. 12). El gótico moderno, el verdadero "revival" gótico, va a hacer su inequívoca aparición cuando después de los años agitados que siguieron a la caída de Isabel II se proclama en Sagunto Alfonso XII como Rey de Espa-

ña (1874) . El arquitecto más notable que va a promover en España este renacimiento gótico es el marqués de Cubas [...] (p. 14).

A lo ya expresado sobre José Montero Alonso cabría añadir que parece como si su espíritu se hubiera alimentado primordialmente de literatura y música. He de confesar que escuchaba sus conferencias con verdadero embeleso; pero quizás la que me produjo mayor emoción fue *El estreno de la verbena de la Paloma*⁴⁰, una de las muestras más bellas de cómo logró captar el lirismo del pueblo madrileño. Y, algo muy importante, sin olvidar nunca el contexto histórico. Con la mala conciencia de haber mutilado una obra de arte, entresaco algunos fragmentos:

Es la Regencia, tras la muerte de Alfonso XII. Una hermana de éste, la Infanta Eulalia, había dicho, cuando enviudó el monarca: “un Rey no puede vivir de rodillas ante un recuerdo de amor”. Importa a España que Alfonso XII se case de nuevo, y se tramita, en consecuencia, una segunda boda, que se celebra, como la anterior, en la basílica de Atocha. Sobria, severa, hermética, segura de sí misma, la nueva Reina, doña María Cristina de Habsburgo —educada rígidamente en el ambiente de la Corte vienesa, el más grave y protocolario de Europa en este tiempo— acusa enseguida una visible diferencia con el clima palatino español. Los cortesanos estaban hechos a la alegría y el popularismo de los años de Isabel II: verbena, majeza, anécdota, rumbo, piropo... Y María Cristina desprende en torno suyo, al contrario, una honda seriedad. Su sentido moral es insobornable. No hay en él esa tolerancia sonriente, ese escéptico encogimiento de hombros que caracteriza, en los ambientes palatinos y aristocráticos, a algunas gentes. Por eso, la Reina es lla-

mada por muchos “Doña Virtudes”. Un apodo que quisiera ser alfilerazo y que es, en verdad, un elogio.

Muere Alfonso XII, en El Pardo, a poco de una visita a los enfermos de cólera en Aranjuez. Comienza la Regencia de doña María Cristina, la Reina viuda. Conviene a España —es la opinión de don Antonio Cánovas, el propio artífice de la Restauración— un gobierno de signo liberal. Y es nombrado Jefe de este gobierno don Práxedes Mateo Sagasta.

Ha empezado la nueva etapa política. Mas, apenas iniciada, estalla en Badajoz una rebelión militar, al parecer de carácter republicano. Es de noche. Don Práxedes, el primer ministro, descansa confiadamente en su casa. Llamadas urgentes interrumpen su sueño: se han sublevado algunas tropas en tierras de Extremadura. Don Práxedes se viste apresuradamente. Y comenta: —Pero, hombre... ¡A estas horas!

En este Madrid sagastino, los periódicos ofrecen con frecuencia titulares que reflejan la dramática situación en tierras de Ultramar: “Tropas a Cuba”. Esas tropas que marchan a Cuba son acompañadas, en su paso hacia las estaciones o los muelles de embarque, por la música de una zarzuela que se había estrenado, precisamente en el teatro Apolo. La zarzuela era *Cádiz* y el autor de la marcha que enardecía a las gentes en esta hora, cargada de presentimientos y temores que muy pocos ven, era Federico Chueca. Este Madrid sagastino es el del ocaso del miriñaque, la prenda que en los días isabelinos apasionó a damas y damitas (pp. 6-7). Lo que ha llegado, sustituyéndole, es el polisón. Es la prenda femenina de la Regencia. [...]

En el retablo teatral de este Madrid de la Regencia la figura máxima es don José Echegaray. Fue en el teatro Apolo donde estrenó su primera comedia, *El libro talonario*. Mas en ese retablo escénico hay una

modalidad que atrae con extraordinaria fuerza la atención popular: el género chico. Zarzuelas menores, sainetes, estampas que recogen tipos y ambientes de los barrios bajos de la ciudad. (Un día, el gran músico francés Saint Saëns, tras asistir a una representación de *La Gran Vía*, dirá, entusiasmado: “¿Y a esto llaman ustedes ‘género chico’?”). Destaca entre los cultivadores de este tipo de teatro Ricardo de la Vega. Es hijo de otro autor teatral, Ventura de la Vega, comediógrafo de la época romántica [...]. Ama Ricardo lo popular, hasta lo barriobajero a veces. Gusta de la taberna, de los comercios de gentes humildes, de las pequeñas historias que transcurren en los patios de vecindad. De este amoroso conocimiento de los ambientes castizos va naciendo buena parte de su teatro. Su nombre será uno de los más destacados del género chico (pp. 8-9). [...]

Tiene Ricardo de la Vega una letra no fácil de entender a veces. Por ello, desde la imprenta en que componen los textos de sus obras le envían [...] un muchacho cajista [...]. Uno de esos días en que el cajista va a la casa del sainetero, la charla se aleja del clima teatral para hacerse más personal e íntima. Se ha establecido una relativa confianza entre don Ricardo y el trabajador de la imprenta, y éste, en un arrebato de sinceridad, le habla de “su drama”: está enamorado, y ella, una chulapa del barrio, le está haciendo sufrir. Celos, lágrimas corazón adentro, la sombra de otro hombre en el alma de la chulapa traviesa y coqueta [...]. Ricardo de la Vega comienza a trabajar en ese sainete que le ha inspirado la sentimental confesión de un cajista de imprenta. Recorre calles cercanas al templo de la Paloma, porque piensa que este escenario, tan popular, tan dentro de la tradición y el espíritu de Madrid, puede ser el del sainete que está palpitando

ya en el pensamiento del comediógrafo. Ve, en la realidad, muchos de los personajes que irán a la obra. Esa farmacia de la calle de Calatrava puede ser la de don Hilarión. Y ese café, el del Pilar —uno de los muchos cafés cantantes que hay en este Madrid decimonónico— puede ir a uno de los cuadros de la obra, con la hondura de sus coplas en una noche de verano. [...] Y, como gran telón de fondo, como el alma del sainete, la verbena: esta verbena de la Paloma que todos los años, cuando el estío llega, enciende alegrías y oraciones en el alma de las gentes de Madrid (pp. 10-11). [...]

El sainete se ha ido ensayando en Apolo a medida que Tomás Bretón iba enviando los números de la partitura. Se ha señalado el estreno para la noche del 17 de febrero del recién nacido año de 1894. [...] El Carnaval da su adiós, estos días en que se anuncia en Apolo el estreno de *La verbena de la Paloma*. Se han celebrado, en las vísperas del esperado estreno, varios “entierros de la Sardina” (pp.15-16). [...]

Un público vario va entrando en el amplio vestíbulo de Apolo, esta noche del 17 de febrero de 1894. Damas y damitas con sombrero, boa y polisón. Hombres con bombín y capa. Las floristas brindan sus pequeños ramos fragantes. Los “golfillos” vocean los periódicos del día: *El Imparcial*, *Heraldo de Madrid*, *La Correspondencia de España* (la gente llama a este diario el gorro de dormir, porque nadie se acuesta sin él). Ya el maestro [...] empuña la batuta, y [...] dirige a la orquesta el preludio, hecho sobre apuntes y temas que luego serán ampliamente desarrollados en la partitura. Esta primera página musical ha ganado al expectante auditorio. Una cálida, unánime ovación, llena la sala de Apolo: desde el “gallinero” a las butacas, desde el anfiteatro a los palcos (p. 17). [...] Los diarios, a la mañana siguiente, elogian el sainete, y recogen la entusiástica acogida popular (p. 19). [...]

José del Corral nos introdujo en *Madrid 1900*⁴¹ con otra sugestiva crónica, pronunciada el 26 de enero de 1995, cuyo motivo explicó así en la introducción:

No queremos negar el influjo de la fecha redonda, siempre atrayente; pero la causa más honda que nos decidió fue que se trata de un año que comenzó con un gran bromazo que sufrieron los madrileños todos: la creencia de que entraban en el siglo xx. Cuando se enteraron, por sesudos trabajos de prensa, que no era así, sufrieron una desilusión. Y creo de interés recordar aquella broma, pues estamos acercándonos al momento en que los madrileños pueden volver a sufrir otra en el inicio del año 2000, que ya se va formando la idea de que corresponde al siglo xxi, cuando será, como el 1900, el año final del siglo anterior.

No valió que a mediados de diciembre un artículo de *La Época* tratara de explicarlo. Los madrileños, que, como ahora, esperaban todo del cambio de siglo, ilusionados con lo bonito de la fecha, siguieron empeñados en su llegada al nuevo siglo, que ya se anunciaba de todas formas hasta en los títulos de establecimientos comerciales. Precisamente por eso, por celebrar de forma desusada y nueva el nuevo siglo, fue en la noche del 31 de diciembre de 1899, cuando por vez primera numerosos grupos jaraneros llegaron a la Puerta del Sol dispuestos a recibir alegremente al nuevo año con el sonido de las campanas del reloj oficial de la Villa. Y he dicho de las campanas y no he citado para nada a las uvas, pues éstas no habían llegado todavía a nuestras costumbres. Fue años después, cuando la guerra cerró los mercados europeos, cuando los cosecheros almerienses, los mayores productores de la uva que por esas fechas se consume, vieron arruinado su mercado y lanzaron como tabla de salvación lo de "las

uvas de la suerte". Cuajó la propaganda y desde entonces las tragamos a son de las campanadas finales del año. [...] Convendrá, sin embargo, recordar los sucesos inmediatos más recientes para aquellos madrileños embromados en la Puerta del Sol en la Noche Vieja de 1899. Fue este un año en que la autoridad municipal, reciente el Desastre colonial, se dedicó a borrar del callejero madrileño los nombres que recordaran a aquellos lugares ahora separados, con ese entusiasmo que nuestro Ayuntamiento ha puesto siempre, al menor pretexto, en mudar el nombre de las calles. Y ya, puestos a cambiar, mudó también nombres que nada tenían que ver con las ya ajenas Colonias (pp. 5-6). [...]

Igualmente de 1899, la Real Orden autorizando el anteproyecto de la Gran Vía, que no se haría realidad hasta el siglo siguiente; la inauguración de la Casa de *Blanco y Negro*, en la calle del Príncipe; la de los célebres Espumosos Herraiz, en el nuevo edificio de La Equitativa, hoy Banco Español de Crédito; la de la Sala de Velázquez del Museo del Prado; la estatua de Velázquez, ante el Museo, obra de Marinas [...]; comenzó a funcionar el tranvía Ventas-Barrio de la Concepción, con el cómodo servicio de un coche cada hora y tracción animal [...]; también ese 1899 se colocaron los puestos de los libros de viejo en las verjas del Botánico, en la calle de Claudio Moyano [...] (p. 7).

Entre otras novedades del entonces acabado 1899, contaremos el primer número de la Revista *Vida Literaria*, dirigida por Jacinto Benavente y con colaboración de Rubén Darío, Unamuno y Antonio Machado, que llegó a publicar treinta y un números en el año; [...] importante resulta el hecho del primer ensayo en España del telégrafo sin hilos, como se llamó entonces a lo que hoy decimos radiodifusión, y que fue el 10 de abril; nació Pedro Chicote en la calle del Li-

món; [...] murió Emilio Castelar, que fue enterrado en el cementerio de San Isidro; llegaron a Madrid el 5 de junio los restos de Goya; se constituyó la Sociedad General de Autores [...]; en el teatro Lara se hizo, el 7 de diciembre, una función extraordinaria para adquirir un brazo artificial para don Ramón del Valle-Inclán [...].

Para completar el panorama de la herencia de 1899 recordemos que fue gran año de nieves —nevió en marzo—, se padecieron sequías prolongadas y fuerte epidemia de gripe. Además existió una extendida adulteración de los alimentos, hubo escasez de agua, que se ofrecía además con suciedad. El índice de inseguridad ciudadana fue de los más altos [...].

Era el de 1900 un Madrid de 540.109 habitantes, que disponía para su información nada menos que de una docena de diarios [...] (pp. 7-9).

Y, aunque no se ajuste exactamente al cierre que hubiera querido dar a esta panorámica, en la que pretendía quedarme a las puertas del siglo xx, el homenaje que me he propuesto resultaría incompleto e incumplido, si no trajera de nuevo ante ustedes al que considero mi Maestro por antonomasia, por cuanto, su inapreciable orientación —a instancias de Francisco Arquerro Soria—, alentó en mí el amor a la investigación y al estudio con tal fuerza que ha llegado a convertirse en estímulo esencial, aun en las “horas bajas”. Me estoy refiriendo a José Simón Díaz, cuyas obras, reconocidas universalmente, son de consulta indispensable para todo investigador que intente acercarse a la Literatura Hispánica y, por supuesto, a Madrid. Creo que la propia erudición sintió envidia y ha paralizado su actividad física; no así la lucidez de su cerebro que se mantiene incólume, como el decir de la palabra siempre inteligente. En la inauguración ya citada del ciclo “Americanos en Madrid”, fue su conferencia sobre *Amado Neruo*⁴². Con la naturalidad y sencillez que lo caracterizan, confesó:

En cuanto a la deferencia de los directivos del Instituto de Estudios Madrileños al encomendarme este tema a sabiendas de no haberme ocupado antes nunca de él, creo que se debe a dos circunstancias que están al alcance de cualquiera: el saber que tengo siempre presente el nombre de Amado Nervo en mi condición de lector de su obra y de vecino de su calle. (p. 6) [...]

Como el propio conferenciante nos diría,

Amado Nervo nació en 1870 en Tepic, pequeña población del estado mexicano de Nayarit [...] (p. 7). En 1905 aprobó las pruebas de ingreso en la carrera diplomática, siendo nombrado segundo secretario de la Legación en España. [...] Desde el primer momento volvió a ejercer sus funciones de corresponsal y nada habría tenido de extraño que después de haber residido en París y de visitar Nueva York, Londres y las principales ciudades europeas, sus primeras impresiones de Madrid hubieran sido negativas, al menos en aquellos puntos en que la inferioridad era evidente, pero sólo hallamos observaciones gratas y afectuosas, incluso en su correspondencia privada. Entre los factores que contribuyeron a tan inmediata asimilación figuraron, aparte de la comunidad de lengua y costumbres, el hallazgo de unos cuantos antiguos amigos, las facilidades para editar y difundir sus obras y el alto nivel social en que se encontró situado. También tuvo importancia suma el hallazgo de una vivienda capaz de satisfacer a la vez su afición a la naturaleza y el secreto de su doble vida: era el piso segundo izquierda de la casa número quince de la calle de Bailén, cuyas estancias conocemos por varias fotografías, correspondientes sin duda a la réplica que años después se montó en México (pp. 8-9). [...]

Téngase en cuenta que la etapa madrileña fue la más importante, cualitativa y cuantitativamente, de toda su producción. Nada menos que diez obras publicó aquí, de las cuales cuatro tuvieron menor difusión por formar parte de la colección “La Novela Corta”. En la Villa se forjó la fama que, pocos años después, pudo él mismo comprobar que se había dilatado por toda Hispanoamérica (p. 16).

Y para que el broche narrativo ajuste mejor, lo enlazamos con la primera conferencia de Matilla Tascón, dedicada al Patrón de Madrid. Nos lo permite el siguiente párrafo de Simón Díaz sobre Amado Nervo:

El día 15 de mayo de 1906, dos meses antes de escribir la crónica anterior, había transmitido a sus lectores mexicanos una animada descripción de la romería de San Isidro, celebrada en las orillas del mismo río, con referencias a las diversiones, artículos alimenticios en venta, etc., y la tradicional presencia de la infanta Isabel [...] Pero, además, nos descubre que el Santo Patrón de este pueblo era un antiguo conocido suyo, desde los días de la infancia [...] (p. 19).

Simón Díaz, con su proverbial sentido del humor, deja bien claro cómo el humilde labrador Isidro, nuestro Santo Patrón, ha merecido reconocimiento universal.

Y concluyo el homenaje / a este Centro Cultural
y a unas voces magistrales, / que en él vinieron a hablar
para darnos de Madrid / un mayor conocimiento,
haciéndonos revivir / lo que fue a través del tiempo.
Si conocer es amar / y el saber es un tesoro,
que podamos celebrar / felices “bodas de oro”.

NOTAS

¹ Sobre otras relaciones culturales mantenidas entre el Ayuntamiento y el Instituto de Estudios Madrileños véase: *Instituto de Estudios Madrileños. Crónica de un cincuentenario. 1951-2001*, Madrid, Instituto de Estudios Madrileños, 2001, "Relaciones con el Ayuntamiento", pp. 27, 37, 47.

² Capacidad de trabajo e inteligencia unidas, en la vida más prolífica (sin trampas), que conozco. Catedrático y Jefe del Departamento de Bibliografía de la Universidad Complutense; Cofundador n.º 1 —en su más amplio significado— del Instituto de Estudios Madrileños, del que fue durante largo tiempo, en sucesivas etapas, Secretario y Presidente; Presidente de la Confederación Española de Centros de Estudios Locales. Entre otros galardones le fueron otorgados el Premio Internacional de Bibliografía «Nicolás Antonio», de Syracuse University; la Encomienda de Isabel la Católica; Medalla de Oro a las Bellas Artes, etcétera. Autor de más de cuatrocientas publicaciones, en su mayor parte sobre temas madrileños, a él se debe una de las obras de consulta más importantes para el estudio de nuestra Literatura: *Bibliografía de la Literatura Hispánica*, cuyos últimos volúmenes, universidades, bibliotecas e investigadores esperamos con ansia.

³ Subrayo asimismo la definición que se hizo en *Anales del Instituto de Estudios Madrileños* XXX (1991), con motivo de su óbito: "un hombre bueno en el más exigente significado: noble, generoso, servicial, discreto y caballeroso en el trato y consecuente en la amistad" (pág. 17). A lo largo de su fructífera vida, demostró especial interés por la educación de la juventud. Contribuyó eficazmente a estrechar los lazos que ahora celebramos, siendo continua su dedicación al Instituto. Entre artículos y conferencias de su autoría se cuentan dos mil y cientos. Mereció galardones nacionales y extranjeros. Una referencia que habla por sí sola es su inclusión en el apartado "Hombres del siglo XX", de la *Enciclopedia Británica*.

⁴ *La enseñanza en Madrid en el siglo XVIII*, Ayuntamiento de Madrid / Instituto de Estudios Madrileños, Madrid, Artes Gráficas Municipales, 1978 (Aula de Cultura, Ciclo de Conferencias sobre “Madrid en el siglo XVIII”, 2), p. 5. En lo sucesivo, citaré las respectivas conferencias por “Ciclo: título” —si no ha sido citado en el texto—, n.º de conferencia y año de la publicación. Número de página o páginas, entre paréntesis dentro del texto.

⁵ Hijo de Antonio Aparisi Mocholí, su *Toponimia madrileña*, de 1600 págs., publicada en 2001, es más que suficiente para evidenciar la ingente labor que realiza incesantemente en pro de la cultura madrileña.

⁶ Catedrático emérito de la Universidad Complutense y Decano de los Cronistas de la Villa de Madrid (1954). Su meritoria labor periodística le ha hecho acreedor al Premio Nacional de Periodismo, “Luca de Tena”, “Mesonero Romanos” y “Rodríguez Santamaría”. Precisamente, la teoría de la capitalidad es uno de sus temas preferidos.

⁷ Ciclo: “El Madrid de Felipe II”, 7, 1998.

⁸ Nada más elocuente en este sentido que su entrañable libro de poesías *Corazón herido* (Madrid, 2001), en “edición no venal”, cuyo ejemplar dedicado conservo como una joya inapreciable. Antonio Matilla Tascón desarrolló eficazmente su profesión de archivero de la “antigua escuela”, siendo maestro ineludible para cuantos se preciaban de una buena formación archivística. Por méritos propios, fue Director de Archivos en Sevilla; Presidente de la Junta Técnica de Archivos, Bibliotecas y Museos; Director del Archivo Histórico de Protocolos de Madrid, donde realizó una ingente y fructífera labor... Académico numerario de San Dámaso, recibió, entre otros galardones, la condecoración de la Orden de Alfonso X el Sabio y la Medalla de Oro de la Sociedad General de Autores.

⁹ Ciclo de Conferencias sobre “Madrid hasta 1500”, 5, 1986.

¹⁰ Cita aquí a nuestro compañero Manuel Montero Vallejo, sobre cuya magnífica aportación al Madrid medieval, puede consultarse la *Bibliografía General del Instituto de Estudios Madrileños 1951—2001*, de Luis Miguel Aparisi Laporta (Madrid, Artes Gráficas Municipales, 2001), pp. 187-188.

¹¹ Para cualquier estudioso o entusiasta de la cultura madrileña, reviste especial interés la obra de José Simón Díaz *Historia del Colegio Imperial de Madrid*, a cuyo éxito se deben sucesivas ediciones por parte del Instituto de Estudios Madrileños.

¹² Ciclo: “Madrid, Capital europea de la Cultura”, 1, 1990.

¹³ Sobre este problema de habitabilidad, verdaderamente curioso, véase la obra de José del Corral Raya *Las composiciones de aposento y las casas a la malicia*, publicada en 1982 por el Instituto de Estudios Madrileños (El Madrid de los Austrias, Serie Estudios, nº 1).

¹⁴ Ingresó en el Instituto de Estudios Madrileños en 1953. Catedrático de Historia de la Universidad Complutense, de él ha dicho nuestro eminente compañero Eloy Benito Ruano: “Maestro. Maestro, sí, dominador en la transmisión de unos conocimientos adquiridos con esfuerzo y elaborados con maestría” (En *CIEM*, 2 (1999). Madrileño de nacimiento, ha dejado numerosos estudios sobre Madrid.

¹⁵ Ciclo: “El Madrid de Felipe II”, 3, 1998.

¹⁶ *Los canales del Guadarrama y Manzanares de Juan II a Juan Carlos I, pasando por Carlos III*, Ciclo: “El Madrid de Carlos III”, 11, 1988; y *Viacrucis del Manzanares isabelino*, Ciclo: “El Madrid de Isabel II”, 13, 1993. Para diferenciarlas, citaré dentro del texto por N.16, 1988, más n.º de página y N.16, 1993, más n.º pág. José María Sanz García es uno de los miembros del Instituto que colaboró con mayor asiduidad y entrega incondicional. Vocal de la Real Sociedad Geográfica y primer Presidente de Amigos de la Cartografía de Madrid, actualmente la Universidad está reconociendo sus importantes aportaciones como Catedrático de Geografía. Pronto saldrán a la luz sus obras completas.

¹⁷ Como es bien sabido, el Monasterio del Escorial se alza para conmemorar la victoria de la Batalla de San Quintín, atribuida a San Lorenzo.

¹⁸ En otro lugar de la misma conferencia (Cfr. supra N. 16, 1988) comenta: “Alguien se reirá creyendo que me olvido de Manzanares el Real, donde el río nace. [...] Nos consta, por los restos arqueológicos, que las terrazas del río se aprovecharon por el hombre prehistórico que aquí convivió con animales extinguidos. En un vallejo se asentó un poblado que llega hasta los visigodos. Cuando los cristianos ocupan el espacio del Duero y se asoman a los pasos de la Sierra, los moros tienen que defender las vías de penetración hacia Toledo, que eran las veredas de pastores y los cursos de agua, que hacia el Tajo van. Aparece el castillo sobre un escarpe y una medina protegida. De las cosas que sabemos de este Madrid árabe es cómo se llamaba el río, *Guadarrama*, es decir, río de arena [...]. La primera denominación que hoy conocemos del actual río Manzanares corresponde al período islámico y es la de “Guadarrama de Madrid” [...] (pp. 11-12).

¹⁹ Fue Profesor de Historia de la Cultura; directivo, entre otras entidades culturales, de la Real Sociedad Económica Matritense de Amigos del País, que le otorgó Medalla de Plata; asimismo su colaboración con diversas emisoras de radio madrileñas y andaluzas, mereció que se le honrara con la Antena de Oro. Entre sus obras sobre temas relacionados con Madrid, destacan: la trilogía *Leyendas y anécdotas del Viejo Madrid*, *La Chata*, *La Castellana*, *escenario de Poder* y *Diccionario de Madrid*, éste en colaboración con José Montero Alonso y José Montero Padilla.

²⁰ Ciclo: "El Madrid de Felipe II", 5, 1998.

²¹ La última conferencia del Ciclo "Madrid en el Siglo XVII", *La condesa de Valencia de Don Juan, el Marqués de Poza y el Duque de Lerma*, fue pronunciada el 12 de mayo de 1977 por José Antonio Martínez Bara, a quien tanta gratitud debemos cuantos investigadores acudíamos al Archivo Histórico Nacional, cuando éste gozaba de su bien hacer como archivero magistral. Pasado el verano de este mismo año, se inaugurarían nuevo ciclo y nuevo auditorio (Cfr. supra N. 4).

²² Madrid, Instituto de Estudios Madrileños. C.S.I.C., 1958, 2.^a ed. 1992 (Biblioteca de Estudios Madrileños, IV). Doctor en Filología Románica (Premio Extraordinario), Catedrático universitario de Lengua Española y Profesor de Historia de Madrid en la Universidad de San Pablo (CEU), siempre 'Maestro'. Dentro de su adscripción a importantes instituciones culturales, destaca su protagonismo y permanente contribución al desarrollo del Instituto de Estudios Madrileños, del que es miembro numerario desde 1953. Otras de sus obras netamente madrileñistas son *La Virgen de la Almudena*, Madrid, I.E.M., 1959 (Temas Madrileños, XVIII); y *Virgenes de Madrid*, Madrid, I.E.M., 1966 (Plaza de la Villa, I), coautor con Francisco Arquero Soria. A éstas hay que sumar un largo etcétera, que comprende todo el acervo literario hispánico.

²³ Ciclo: "Americanos en Madrid", 6, 1986.

²⁴ Ciclo: "Madrid en el siglo XVIII", 15, 1979.

²⁵ "Consagrado a la docencia, desarrolló su largo quehacer en Madrid como Profesor, Jefe de Estudios y Secretario General del Colegio de Huérfanos de la Guardia Civil; Profesor de la Escuela Central de Artes Aplicadas y Oficios Artísticos; Director de la Escuela de Formación Profesional "Capitán Cortés". Bibliófilo apasionado, por algún tiempo fue Profesor adjunto de Bibliografía en la Universidad Complutense [...]. Era Académico numerario de la Real Academia de Doctores de Madrid [...]. Entre otros cargos, ostentó el de Consejero Nacional de

Educación [...]. Mereció diversas condecoraciones, tales como la Encomienda de la Orden de Cisneros; Encomienda de la Orden de Alfonso X el Sabio [...]. (Datos tomados de la nota necrológica “¡A-Dios! de Francisco Arquero Soria” (en *Anales del I.E.M.*, 37 (1997), pp. 643-644), omitida en el Sumario por error de imprenta).

²⁶ Ciclo: “Madrid en el siglo XVIII”, 22, 1980.

²⁷ Catedrática de Historia del Arte de la Universidad Complutense de Madrid; Directora del Departamento de Historia del Arte II (Moderno); Miembro C. de la Academia de Bellas Artes de San Fernando; Miembro Numerario de la Academia de Arte e Historia de San Dámaso. Su profundo y amplio conocimiento de la arquitectura madrileña del siglo XVII, lo acreditan obras tan importantes como su tesis doctoral *Arquitectos madrileños de la segunda mitad del siglo XVII*, publicada en 1975, y *Arquitectura madrileña del S. XVII (datos para su estudio)*, Madrid, Instituto de Estudios Madrileños, 1983 (El Madrid de los Austrias). Se encuentra en posesión de la encomienda de Isabel la Católica.

²⁸ *La arquitectura olvidada madrileña de la primera mitad del siglo XVIII*, Ciclo: “Madrid en el siglo XVIII”, 11, 1979.

²⁹ Escritor y periodista desde la más temprana edad; crítico literario; profesor ... Su bibliografía comprende unos cien volúmenes, y millares de artículos. Entre las distinciones que avalan su fructífera labor, cabe destacar: Premio Nacional de Literatura, Premio Nacional de Periodismo; Medalla de Oro de la Asociación de la Prensa, Medalla al Mérito en el Trabajo; y, como reconocimiento de su madrileñismo, fue nombrado hijo adoptivo de Madrid, por el Ayuntamiento de la Villa. Su conferencia póstuma (falleció el 26 de marzo), dentro del Ciclo “El Madrid de la II República”, sobre *Manuel Azaña*, fue pronunciada el 25 de mayo del año 2000, en emotiva fusión, por su hijo, el catedrático José Montero Padilla, continuador en la contribución a la historia y literatura madrileñas —como evidencia, entre otras actividades literarias, la de Profesor de Literatura Madrileña—, al que debemos brillantes disertaciones dentro de este Auditorio.

³⁰ Ciclo: “El Madrid de Carlos III”, 20, 1989.

³¹ Su abundante producción sobre temas madrileños entre estudios monográficos, obras colectivas, catálogos de exposiciones y artículos en revistas de investigación, pasa con mucho del centenar, a lo que hay que sumar unos cincuenta libros. Pertenece al Instituto de Estudios Madrileños desde 1953, participando con una más que meritoria labor, entre

la que destaca su actuación como Secretario. También es académico de la Española de Gastronomía.

³² Ciclo: "El Madrid de Carlos III", 9, 1988.

³³ Ciclo: "El Madrid de Carlos III", 15, 1989.

³⁴ Por entonces se publicó su obra *La Chata*, Editorial El Avapiés, 1992 (Personajes del Madrid famoso, 1). La conferencia también fue publicada en 1992.

³⁵ Así su obra *Personajes del Madrid famoso. El Duque de Sesto*, Madrid, Editorial El Avapiés, 1992.

³⁶ *El Alcalde Duque de Sesto*, Ciclo: El Madrid de Isabel II, 6, 1993.

³⁷ José María Sanz García en su conferencia, ya incorporada, *Via-crucis del Manzanares isabelino* (Cfr. supra, N. 16, 1988, p. 11) comentó: "A mediados del XIX, Madrid tenía 200.000 habitantes y en los 128 caños de las 77 fuentes públicas llenaban miles de cubos de madera, en total algo más de 2.000 metros cúbicos/día, con lo que se salía a menos de 10 litros como media por habitante y día".

³⁸ Es Miembro numerario del Instituto de Estudios Madrileños con el número 2. Académico de Bellas Artes y de la Historia, fue catedrático de la Escuela Superior de Arquitectura hasta su jubilación y, hasta fecha reciente, Decano del Colegio de Arquitectos de Madrid. Quizás su obra arquitectónica más famosa sea la Catedral de la Almudena, de Madrid, aun cuando ha realizado otras muchas de gran importancia. Como escritor, su bibliografía comprende unas 300 obras, entre libros y otras publicaciones. En Pleno del Ayuntamiento del mes de mayo de 2001, fue nombrado 'Hijo predilecto de Madrid'.

³⁹ Ciclo: "El Madrid de Isabel II", 3, 1992.

⁴⁰ Ciclo: "Revolución y restauración en Madrid (1868-1902)", 12, 1995.

⁴¹ Ciclo: "Revolución y Restauración en Madrid (1868-1902)", 21, 1995.

⁴² 2, 1986.

CICLO DE CONFERENCIAS: 1977-2002:
VEINTICINCO AÑOS DE CULTURA MADRILEÑA

CONFERENCIAS PUBLICADAS

- Número 1. *Diez años después. "Madrid, Capital Europea de la Cultura: 1992"*, por FRANCISCO AZORÍN.
- Número 2. *Tres años de vida cultural madrileña: 1977-79*, por JOSÉ DEL CORRAL.
- Número 3. *Esculturas en el Parque Juan Carlos I (en su X Aniversario)*, por ALFONSO MORA PALAZÓN.
- Número 4. *La "movida", en toda su amplitud*, por LUIS LÓPEZ JIMÉNEZ.
- Número 5. *Figuraciones madrileñas de los años 70*, por ANTONIO BONET CORREA.
- Número 6. *Un poeta madrileño, Luis Alberto de Cuenca, obtiene, en 1985, el Premio de la Crítica*, por ALBERTO SÁNCHEZ ÁLVAREZ-INSÚA.
- Número 7. *Tradición y modernidad: La historia en la política del Ayuntamiento de Madrid. 1978-2002*, por CARMEN CAYETANO MARTÍN.
- Número 8. *Rehabilitación histórica de Madrid y su impacto cultural*, por MARÍA TERESA FERNÁNDEZ TALAYA.
- Número 9. *Siempre "La memoria impuesta"*, por RUFO GAMAZO RICO.

- Número 10. *Crónica literaria del año 1998*, por JOSÉ MONTERO PADILLA.
- Número 11. *Madrid, Ciudad Universitaria*, por ENRIQUE DE AGUINAGA.
- Número 12. *Proyección humana en la estatuaria y lapidaria en el Madrid de 1977-2002*, por LUIS MIGUEL APARISI LAPORTA.